

día comparársela cualquiera Cognette, plato donde todos comen y con la que hay que contentarse? Una excusa tan concluyente á su cobarde necesidad de aquella pérdida acabó de trastornarle. Anduvo durante tres horas, bromeó con una muchacha, precisamente la criada de los Coquart, que volvía de Cloyes en un borrico, enseñando sus piernas.

Cuando Hourdequin volvió á la Borderie, apercibió á Santiaguilla en el corral despidiéndose de los gatos de la granja. Había de ellos una banda, doce, quince, veinte, jamás se sabía cuántos; porque las gatas ocultábanse en agujeros de paja desconocidos y reaparecían con cinco ó seis pequeños. En seguida se aproximó á los cubiles del Emperador y de Matanza, los dos perros del pastor; pero le gruñeron porque la aborrecían.

La comida, á pesar de las despedidas á los animales, fué como todos los días. El amo comía, hablaba, con su aire acostumbrado. Concluyó el día, y nadie se marchó. Todos se fueron á dormir, y las sombras envolvieron á la silenciosa granja.

Y aquella misma noche Santiaguilla durmió en la alcoba de la difunta señora Hourdequin; aquella hermosa alcoba, con su gran cama y sus colgaduras de damasco rojo. Había allí también un armario, un velador y un gran sillón; y encima de una cómoda medallas obtenidas por el dueño de la granja en las exposiciones agrícolas lucían colocadas en marcos con cristales. Cuando la Cognette subió en camisa al lecho conyugal, tendióse en él y extendió los brazos y las piernas para cogerlo todo, riendo con su risa de tortolilla.

Juan, al día siguiente, como ella le saltase á

los hombros, la rechazó. Desde el momento en que aquello se ponía serio, él ya no quería mas

## II.

Algunos días después, una noche, Juan volvía á pie de Cloyes, cuando dos kilómetros antes de Rognes asombróle el aspecto de un carricoche de campesino que volvía delante de él. Parecía vacío, no había nadie en el pescante, y el caballo, abandonado, volvía á su cuadra muy despacio y como animal que conoce su camino. Así el joven lo cogió pronto. Lo detuvo y se alzó sobre las puntas de los pies para mirar dentro; en el fondo iba un viejo de sesenta años, pequeño y grueso; tendido de través y con el rostro tan rojo que parecía negro.

Fué tal su sorpresa, que Juan se puso á hablar alto.

—¡Eh, buen hombre!... ¿Es que duerme? ¿Va borracho?.... ¡Calle, es el viejo Mouche, el padre de las de allá abajo! Creo ¡por Dios! que está muerto. ¡ Buen negocio!

Pero aunque herido por una apoplejía, Mouche respiraba todavía con un ronquido penoso. Juan entonces, después de haberle levantado la cabeza, se sentó en el pescante y fustigó el caballo por miedo que el moribundo no se le quedase entre las manos.

Cuando desembocó en la plaza de la iglesia, apercibió justamente á Francisca de pie delante su puerta. La vista del joven en su carruaje guiando á Coco la dejó estupefacta.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—Que tu padre está malo.

—¿Dónde?

—Aquí. ¡Mira!

Subió sobre una rueda y miró. Por un instante permaneció atontada, sin parecer comprender, ante aquel rostro violáceo, una de cuyas mitades estaba contraída como estirada de arriba abajo. Caía la noche, y una nube que enrojecía el cielo iluminaba al moribundo con un reflejo de incendio.

Luego de pronto rompió en sollozos, y echó á correr para prevenir á su hermana.

—¡Elisa! ¡Elisa! ¡Ah, Dios mío!

Al quedarse solo, Juan vaciló. Sin embargo, no era cosa de dejar al viejo tirado en el fondo del carro. La casa estaba en hondo, y para bajar á ella desde la calle era necesario franquear tres escalones; una bajada á aquel agujero no le parecía cosa cómoda. En seguida recordó que por la otra parte, por el lado de la carretera, estaba la puerta del corral que se hallaba á nivel del piso. El corral, que era bastante grande, se hallaba cerrado por una valla de zarzales; el agua sucia de una alberca ocupaba sus dos terceras partes, y la otra estaba sembrada de hortalizas y tal cual árbol frutal. Entonces soltó á Coco, que él solo entró en la casa y se detuvo á la puerta de la cuadra, contigua al establo donde estaban las dos vacas.

En aquel momento Francisca y Elisa chillando y llorando acudían presurosas. Esta última, que había parido cuatro meses antes, sorprendida en el momento de estar dando de mamar al pequeño, lo llevaba en brazos, y también él chillaba hasta

desgañitarse. Francisca se subió á una rueda, Elisa montó sobre la otra, y sus lamentos fueron desgarradores; entretanto el tío Mouche, echado en el carro, seguía respirando fatigosamente.

—¡Papá, responde, di!..... ¿Qué tienes? ¿Qué tienes, Dios mío!..... ¡Ah, Dios! ¡Ah, Dios mío! ¿Tienes algo en la cabeza, puesto que no puedes ni siquiera hablar? ¡Papá, papá.... di, responde!

—Bajad, es mejor sacarlo de ahí—observó Juan prudentemente.

Ellas no le ayudaban, sino que gritaban más fuerte. Felizmente una vecina, la Primat, atraída por el ruido y las voces, apareció al fin. Era una vieja, alta, seca, huesosa, que desde hacía dos años cuidaba á su marido paralítico, y que lo hacía vivir, labrando ella misma, con una constancia de una mula de labor, la sola tahulla de tierra que poseían. No se turbó; parecía considerar la aventura como una cosa natural, y como si fuese un hombre, ayudó á Juan. Este cogió á Mouche por los hombros y tiró de él hasta que la Primat pudo cogerlo por los pies. Entonces se lo llevaron y entraron con él en la casa.

—¿Dónde le ponemos?—preguntó la vieja.

Las dos hijas les seguían con la cabeza perdida y sin saber qué hacer ni qué pedir. Su padre ocupaba en el piso de arriba un cuartito que había encima del granero, y no era posible subirlo hasta allí. Abajo estaba la cocina y una sala grande con dos camas que les había cedido. En la cocina estaba completamente obscuro; el joven y la vieja esperaban con los brazos destrozados por el peso, sin atreverse á avanzar temerosos de tropezar contra algún mueble.

—¡Vamos, hay que decidirse!

Francisca por fin encendió una vela. Y en aquel momento entró la mujer de Becú, la del guarda de campo, avisada sin duda por su olfato, por esa fuerza secreta que en un minuto lleva una noticia de un extremo á otro de un pueblo.

—¡Eh! ¿qué tiene el pobre?.... ¡Ah! ya lo veo.... La sangre se le ha removido dentro del cuerpo.... ¡Pronto, sentarlo en una silla!

Pero la Frimat fué de opinión contraria. ¿Cómo iban á sentar á un hombre que no podía tenerse? Lo mejor era echarlo en la cama de una de sus hijas. Y la discusión se agriaba cuando entraron Fanny y Ernesto; ella había sabido la noticia en casa de Macqueron, donde había entrado á comprar cebollas, y se apresuraba á ir á ver, llena de cuidado por sus primas.

—Tal vez—declaró—será bueno sentarlo para que la sangre corra.

Entonces Mouche fué colocado en una silla junto á la mesa, donde ardía una vela. La barba se le cayó sobre el pecho, y sus brazos y sus piernas quedaron inertes. El ojo izquierdo lo había abierto á consecuencia de la tirantez de ese lado de la cara, y por la boca torcida se escapaba su agitada respiración. Hubo un momento de silencio; la muerte iba invadiendo aquella habitación húmeda, de suelo terrizo, de paredes desconchadas, adornadas solamente por una chimenea inmensa y ennegrecida.

Juan seguía esperando sin saber qué hacer, en tanto que las dos hijas y las tres mujeres con las manos cruzadas contemplaban al viejo.

—Iré á buscar al médico—dijo el joven.

La Becú meneó la cabeza y ninguna de las otras respondió. Si aquello no era nada, ¿por qué gastar el dinero de una visita de médico? Y si era el final, ¿de qué habían de servir los cuidados del doctor?

—Lo que es bueno es la untura que yo tengo—dijo la Frimat.

—Yo—murmuró Fanny—tengo aguardiente alcanforado.

—También es bueno—declaró la Becú.

Elisa y Francisca, atontadas, escuchaban sin decidirse á nada, la una meciendo en sus brazos á Julio, su chiquillo, la otra con una taza llena de agua en la mano, habiendo intentado inútilmente que su padre bebiese. Y Fanny entonces dió un empujón á Ernesto, que se había quedado absorto ante la mueca horrible del moribundo.

—Echa á correr á casa y di que te den el frasco del aguardiente alcanforado que está en una tabla del armario, á la izquierda.... ¿Oyes?.... En el armario, á la izquierda.... Y pasa por casa del abuelo Fouan, por casa de tu tía la Grande, y díles que el tío Mouche está muy malo.... ¡Corre, corre, hombre!

Cuando el chicuelo hubo desaparecido, las mujeres continuaron discutiendo el caso. La Becú conocía á un señor á quien habían salvado haciéndole cosquillas en las plantas de los pies durante tres horas. La Frimat, recordando que le quedaba un poco de tila de los dos sueldos que compró el año anterior para su marido, se fué á buscarla, y poco después volvía con un saquillo; Elisa estaba encendiendo lumbre después de haberle dado á Francisca su hijo, cuando apareció Ernesto.

El abuelo Fouan estaba acostado.... La Grande había dicho que si el tío Mouche no hubiese bebido tanto, no le dolería el corazón....

Pero Fanny examinaba la botella que el chiquillo le daba, y exclamó:

—Imbécil, ¡te dije que á la izquierda!.... Me traes el agua de Colonia.

—También es buena—repitió la Becú.

Hicieron tomar á la fuerza al viejo una taza de tila, metiéndole una cuchara por entre los apretados dientes. Luego le frotaron la cabeza con agua de colonia y no se mejoraba; aquello era desesperante. Su cara estaba más negra todavía: tuvieron que colocarlo otra vez en la silla, porque iba escurriéndose y amenazaba desplomarse al suelo.

—¡Oh!—murmuró Ernesto, que había vuelto á la puerta.—¡Va á llover de lo lindo!.... El cielo tiene un color muy raro.

—Sí—dijo Juan—he visto una nube muy grande y muy fea.

Y como si hubiese vuelto á su primera idea,

—Eso no importa—dijo—para que yo vaya á buscar al médico si quieren.

Elisa y Francisca se miraban asustadas, ansiosas. Por fin la segunda se decidió con la generosidad propia de sus pocos años.

—Sí, sí, Caporal, id á Cloyes á buscar al señor Finet.... Que no se diga que no hemos hecho todo lo que podíamos y todo lo que debíamos.

Coco, en medio del desorden, no había sido ni siquiera desatallado, y Juan no tuvo más que subirse al carro. Oyóse el ruido del herraje y de las ruedas. La Frimat entonces habló del cura; pero las otras con gesto desabrido dieron á entender

que bastante apuradas estaban sin necesidad de aquello; y cuando Ernesto propuso andar á pie los tres kilómetros que había hasta Bazoches-le-Doyer, su madre se enfadó; ¡no faltaba más sino que lo dejara correr por aquellos caminos en una noche tan amenazadora, y con el agua que iba á caer. Además, puesto que el viejo ni oía ni entendía, no valía la pena de molestar al cura.

Las diez sonaron en el reloj de cuco, de madera pintada. Fué una sorpresa: ¡pensar que hacía dos horas justas que estaban allí sin adelantar nada! Y ninguna hablaba de marcharse; todas se hallaban atraídas por el espectáculo y por el deseo de presenciar hasta el desenlace final. Encima de la mesa había un pan de dos libras y un cuchillo. Primero las hijas de Mouche, atormentadas por el hambre á pesar de su angustia, cortaron maquinalmente unas rebanadas que se comieron secas, sin saber lo que hacían; luego las otras tres mujeres las imitaron; el pan disminuyó; había continuamente una cortando y comiendo. No habían encendido la otra luz, y ni se acordaban de despa-bilar la que ardía; verdaderamente no estaba alegre aquella cocina sombría y desnuda de labrador pobre, con un cuerpo inerte y agonizando al lado de aquella mesa.

De pronto, media hora después de la ida de Juan, Mouche se escurrió y cayó al suelo. Ya no respiraba; estaba muerto.

—¿Veis lo que yo decía? ¡Se empeñaron en ir por el médico!—observó la Becú con acritud.

Francisca y Elisa, un momento atontadas, rompieron luego á llorar otra vez. Por impulso intuitivo se precipitaron una al cuello de la otra en su

cariño de amantísimas hermanas. Y repetían entre sollozos y gemidos, con voz entrecortada:

—¡Ah! ¡Dios mío! ya no quedamos más que las dos solas!..... Se acabó..... ¡Qué será de nosotras ahora!

Pero no podían dejar al muerto en el suelo. En un momento la Becú y la Frimat hicieron lo indispensable. Como no se atrevían á transportar el cadáver, fueron á sacar el colchón de una cama, lo llevaron á la cocina, tendieron en él á Mouche y lo taparon con una sábana hasta el cuello. Entre tanto Fanny encendía las velas de otros dos candeleros y los ponía en el suelo á guisa de cirios á la derecha y á la izquierda de la cabeza. Por el momento estaba bien, á excepción del ojo izquierdo, que á pesar de los esfuerzos que habían hecho para cerrárselo continuaba persistentemente abierto y parecía mirar á todos, destacándose vidrioso y descompuesto en aquella cara amoratada que á su vez resaltaba por la blancura de la sábana.

Elisa se decidió á acostar á Julio y comenzó la vela del cadáver. Tres veces Fanny y la Becú dijeron que se marchaban, puesto que la Frimat se ofrecía á pasar la noche con las muchachas; pero no se iban, seguían charlando en voz baja, dirigiendo de reojo miradas al muerto. Ernesto habíase apoderado del agua de colonia y daba fin de ella lavándose las manos y mojándose el pelo.

Dieron las doce; la Becú levantó la voz.

—¡Y el señor Finet! ¿Me queréis decir qué ha sido de él? Cualquiera tiene tiempo de morirse antes de que él venga..... ¡Más de dos horas para traerlo desde Cloyes!

La puerta del corral se había quedado abierta; entró una bocanada de viento y quedaron apagadas las dos velas que ardían á los lados del muerto. Esto las asustó á todas, y cuando empezaron á encender las luces otra vez, el viento de huracán se acentuó y empezó á dejar oír sus terribles mugidos. Parecía el galopar de un ejército de vándalos acercándose precipitadamente, el crujido de los árboles y el gemir de los campos destrozados. Las mujeres que habían corrido á la puerta vieron una nube plomiza correr y retorcerse por el cielo lívido. Y de pronto hubo un estallido como una descarga cerrada de fusilería, y cayó una lluvia de balas que rebotaron á sus pies.

Entonces se les escapó un grito, grito de ruina y de miseria.

—¡El granizo! ¡el granizo!

Conmovidas, indignadas, apretándose unas contra otras, contemplaban la catástrofe. Aquello duró diez minutos escasos. No había truenos, pero grandes relámpagos azulados, incesantes, parecían desgarrar el cielo y el suelo; y la noche no era ya tan sombría, los granizos alteraban su opacidad, brillaban en el suelo como si fueran pedacillos de cristal. El ruido era cada vez más ensordecedor, semejante al de cien descargas de metralla, al de un tren corriendo á toda velocidad por un puente de hierro. El viento bramaba con furia, las balas cayendo oblicuamente lo destrozaban todo, se amontonaban, cubrían el suelo de una capa blanca.

—¡El granizo! ¡Dios mío!..... ¡Ah! ¡qué desgracia!..... ¡Mirad, son como huevos de gallina materialmente!

Ellas no se atrevían á salir al corral para co-

gerlos. Pero la violencia del huracán creció más todavía, y todos los vidrios de las ventanas quedaron rotos; la fuerza adquirida era tal, que una piedra rompió un puchero que había en la cocina, en tanto que otras muchas rodaban hasta el colchón donde estaba el muerto.

—No entran ni cinco en una libra—dijo la Becú, que las cogía al peso.

Fanny y la Frimat hicieron un gesto de desesperación.

—¡Todo se lo llevó el diablo! ¡Un asesinato!

Se acabó. Oyóse el galopar de la catástrofe que se alejaba, y reinó un silencio de muerte. El cielo, cuando pasó la nube, adquirió un color negro de tinta. Una lluvia fina, continua, copiosa, caía silenciosamente. No se distinguía en el suelo más que la espesa capa de granizo, una sabana blanquecina que parecía tener luz propia, la luz pálida de millones de farolillos diminutos que se extendían hasta el infinito.

Ernesto había salido al corral, y volvió con un pedazo de verdadero hielo, más grande que el puño, irregular y dentellado; y la Frimat, que no se podía estar ya quieta, no se contuvo más y salió también.

—Voy en busca de un farol, porque es menester que vea los destrozos.

Fanny se dominó durante algunos minutos más. Continuaba relatando lástimas y formulando lamentaciones. ¡Ah, qué trabajo! ¡esto hace destrozos en las legumbres, en los árboles frutales! Los trigos, las avenas, los maíces no estaban aún muy altos y no habrán sufrido mucho. ¡Pero las viñas! ¡ah, las viñas! Y desde la puerta quería es-

cuadrñar con la vista la obscuridad de la noche, que era impenetrable; temblaba á impulsos de una terrible fiebre de incertidumbre, queriendo estimar los daños, exagerándoselos, creyendo ver la campiña destrozada y desangrándose por las heridas que le produjera la granizada.

—¡Eh, hijas mías!—acabó por decir—os cojo uno de los faroles vuestros y voy á ver qué ha sucedido por las viñas.

Y encendiendo un farol, desapareció con Ernesto.

La mujer de Becú, que no tenía tierras, estaba en el fondo muy tranquila. Daba suspiros, imploraba al cielo por costumbre y por temperamento, pues era una mujer que tenía las lágrimas en los ojos por cualquier cosa. La curiosidad, sin embargo, la llevaba continuamente á la puerta, y un interés vivísimo la detuvo allí como si la hubiesen clavado, cuando vió que el pueblo todo se estrellaba de lucecillas movedizas.

Por un hueco de la tapia entre el establo y el pajar se podía ver todo Rognes. Indudablemente la granizada había despertado á todos los labradores, y cada cual de ellos habíase sentido impaciente por ver los destrozos que á sus tierras les causara. Nadie tuvo calma para esperar á que amaneciese; así es que las luces iban saliendo una á una, se multiplicaban, corriendo y danzando en una obscuridad tan opaca, que no adivinaban los brazos que las llevaban. Pero la mujer de Becú, que observaba atentamente, conocía el lugar ocupado por cada casa, y podía colocar en su cuenta un nombre á cada farol sin temor de equivocarse.

—¡Toma! ahora encienden en casa de la Gran-

de y ahora salen de casa de los Fouan, y aquella de allí es la de Macqueron y la del lado la de Lengaigne..... ¡Dios mío! ¡pobre gente! ¡esto desgarró el corazón!..... ¡Ah! yo voy á ver lo que pasa.

Elisa y Francisca se quedaron solas delante del cadáver de su padre. El ruido de la lluvia continuaba, y pequeñas ráfagas de viento penetrando por la puerta hacían oscilar las llamas de las luces. Hubiera sido necesario cerrar la puerta; pero ni una ni otra pensaban en ello, conmovidas también ellas por el drama de fuera, á pesar del duelo que tenían en su casa. ¿Qué, no bastaba con tener la muerte allí? El buen Dios lo destrozaba todo, hasta el punto de que ya no sabían si les quedaría un pedazo de pan que llevarse á la boca.

—¡Pobre padre!—murmuró Francisca. —¡Qué mal humor le hubiese producido esto, y cuánto hubiera sufrido!..... Más vale que no lo vea.

Elisa, á pesar de la lluvia, atravesó el corral y se dirigió á la huerta. Francisca se quedó sola junto al cadáver del viejo; pero la muchacha no se movía de la puerta, conmovida verdaderamente por el vaivén de la luz del farol. Parecía oír quejas y lamentos, y su corazón se desgarraba.

—¿Eh? ¿qué? ¿qué hay, qué sucede?

Ninguna voz le respondía; el farol iba y venía más de prisa, como si lo llevase un loco en la mano.

—¿Se han perdido las lechugas, di?..... ¿Y los guisantes están destrozados?..... ¡Dios mío! ¿Y las frutas y las otras hortalizas?

Pero una exclamación de dolor que llegó perfectamente á sus oídos la decidió, y recogiendo las sayas salió al corral á pesar de la lluvia y fue

á reunirse con su hermana. Y el muerto, abandonado, permaneció en la desierta cocina, tieso, rígido bajo la sábana, entre los dos pábilos de las velas humeantes y tristes. El ojo izquierdo, que continuaba obstinadamente abierto, seguía mirando á las vigas del techo.

¡Ah! ¡qué catástrofe desolaba aquel rincón de tierra! ¡Qué lamentos se levantaban ante el desastre, nada más que entrevisto á la luz de los faroles! Elisa y Francisca paseaban el suyo, tan mojado por las lluvias, que los vidrios, húmedos, apenas permitían ver nada; y lo acercaban á las plantas, las distinguían confusamente en el círculo reducido de la luz, y veían los guisantes y las habas rotos, cortados por el granizo, y las legumbres destrozadas y en un estado que era imposible pensar en aprovechar ni siquiera las hojas. Los árboles habían sufrido todavía más: las ramas y el fruto estaban cortados como si lo hubieran hecho con un cuchillo; los troncos mismos, desconchados y agrietados, dejaban escapar su savia por los agujeros de la corteza. Y más lejos, en las viñas, el desastre era aún mayor; los faroles pululaban, saltaban, como si estuviesen rabiosos, en medio de los juramentos y blasfemias de los que los llevaban. Las cepas estaban rotas; los racimos de uvas que iban madurando se hallaban destrozados en el suelo, entre despojos de madera y de pámpanos; no solamente la cosecha del año estaba perdida, sino que los troncos, secos y destrozados, no podían dar fruto en mucho tiempo. Nadie hacía caso de la lluvia: un perro aullaba anunciando la muerte; las mujeres rompían á llorar como si estuviesen delante de un sepulcro. Macqueron

y Lengaigne, á pesar de su rivalidad, se alumbraban uno á otro y charlaban, cruzando juramentos y blasfemias á medida que desfilaban por delante de las ruinas del desastre. Aunque ya no tenía tierras, el viejo Fouan, muy enfadado, se empeñó en salir á ver lo que pasaba. Poco á poco todos se iban exaltando. ¿Era posible que así se perdiese en un cuarto de hora el fruto de un año de trabajo? ¿Qué habían hecho para que así se les castigara? Ni seguridad, ni justicia; plagas y azotes sin razón; caprichos que mataban á la gente. Bruscamente la Grande, furibunda, cogió piedras del suelo y las lanzó al aire para apedrear al cielo que nadie veía con la obscuridad. Y al mismo tiempo bramaba:

—¡Maldito sea lo de arriba! ¿no nos dejarás en paz nunca?

Sobre el colchón, en la cocina, Mouche, abandonado, seguía mirando al techo con su ojo fijo, cuando se detuvieron dos carruajes á la puerta de la casa. Juan llegaba al fin con el señor Finet, después de haber estado esperándolo en su casa más de tres horas, y volvía en el carro al mismo tiempo que el médico, que se había metido en un coche.

Este último, alto, delgado, con la cara rugosa y amarilla, entró bruscamente en la habitación. En el fondo abominaba aquella clientela de labriegos, á la cual acusaba de pobreza.

—¿Qué, no hay nadie?.... ¡Señal de que la cosa va mejor!....

Luego, al ver el cadáver,

—No, ¡demasiado tarde!.... Ya os lo decía, y por eso no quería venir. ¡Siempre lo mismo; me llaman cuando ya están muertos!

Aquella molestia inútil á media noche le irritaba; y como Elisa y Francisca llegaban en aquel instante, acabó de exasperarse cuando supo que habían esperado dos horas antes de mandar á buscarlo.

—¡Vosotras le habéis matado, cáspita!.... ¡Si seréis idiotas! ¡Agua de colonia y tila para una apoplejía fulminante!.... y además, aquí nadie con él. Bien es verdad que para lo que hacéis....

—¡Pero, señor—balbuceó Elisa llorando—si ha sido por el granizo!

El señor Finet, interesado, se calmó. ¡Toma! ¡había granizado! A fuerza de vivir entre la gente de campo había concluido por tener sus propias pasiones. Juan se había aproximado también, y los dos se asombraban, porque no habían recibido ni un solo granizo en el camino de Cloyes. ¡Unos libres y otros castigados á un kilómetro de distancia! Luego, al ver entrar á Fanny con el farol y seguida por la mujer de Becú y por la Frimat, las tres desesperadas y hablando al mismo tiempo para relatar la catástrofe que habían presenciado, el doctor declaró con grave acento:

—¡Es una desgracia, una gran desgracia!.... ¡La mayor desgracia que puede pasarles á los campos!....

Un ruido sordo, una especie de estampido le interrumpió. Aquel ruido provenía del muerto abandonado entre las dos velas. Todos callaron, las mujeres se santiguaron.